

ROCANROL

ROY BERO CAY

loqueleg

Prólogo

Siempre creí que una autobiografía era algo terriblemente pedante. Es decir, ¿por qué suponer que mi vida es de algún interés para otra persona? Y no, no lo supongo. Pero, aclaro, este libro no es ni de cerca un intento de biografía. Es solo una especie de repaso de una serie de situaciones, en algunos casos importantes, en otros apenas triviales, relacionadas con uno de mis grandes amores: la música.

7

Y nuevamente, ¿por qué a alguien le debería interesar lo que pienso o siento o las cosas que he hecho y vivido relacionadas con la música? La respuesta tiene que ver con las muchas preguntas que recibo aquí y allá, en liceos y escuelas, acerca de lo que hago y por qué lo hago. Y también, de alguna manera, utilizando la música como eje, para recordar eventos, personas, situaciones que me condujeron a ser quien soy.

La peripecia desde la niñez hasta el adulto, las alegrías y las tristezas, los constantes cambios de una sociedad que suele ser injusta con sus hijos, todo eso

forma parte de una historia que, sí, es autobiográfica, pero no completa.

He estado en muchos lugares, vivido muchas cosas buenas y malas, conocido mucha gente, y tengo la suerte de compartir mi existencia con una gran familia.

8 Para ellos, mi núcleo más cercano, mi prioridad absoluta, es que escribí esta historia que quizá, y solo quizá, pueda servir también a otros como testimonio de algunas personas que tienen la tenacidad de seguir adelante en un país y un tiempo plagados de obstáculos.

Así que estos capítulos están dedicados a mi esposa, Patricia, mi familia. También a los integrantes de Silos (en sus distintas épocas), Dékada, El Conde de Saint Germain, bandas que tuve el honor de integrar, y La Conjura, a la que pertenecí durante muchos años. A mis bandas actuales Ruperto Rocanrol y Berocay Blues, a las que pueda formar en el futuro y también a todos aquellos con los que alguna vez compartí un escenario, una sala de ensayo o un estudio de grabación. Y, claro, a la gente que se acerca de vez en cuando a compartir el ritual.

Titanes en el Clan

9

Para muchos la primera vez suele ser una experiencia memorable. Es esa visión nítida que se fija en la memoria: el día en que de pronto algo en nuestro interior cambió. Y para siempre.

A mí esa primera vez me lleva de regreso a los siete años, quizá ocho.

Estaba en la casa de mi abuelo Óscar en Las Delicias. Era verano, uno de esos veranos de verdad, con un sol que cae sin piedad sobre la tierra. No había problemas con el ozono. De hecho esa era una palabra que ningún simple mortal había escuchado jamás. Los Reyes por fin me habían traído una bicicleta y estaba muy emocionado. Hacía varios años que la pedía y nada, hasta el punto de que ya había renunciado a ese deseo y me había limitado a escribir una carta muy breve a esos monarcas de Oriente: “Traigan lo que quieran”.

Por eso, cuando realmente me trajeron la bicicleta, me sentí feliz y reconciliado con el universo. Es verdad que me llamó la atención el hecho de que la bici marrón tuviese varios rayones en la pintura. Y también que la

cubierta delantera fuese blanca y la de atrás negra. O sea, me di cuenta de que era usada. No recuerdo qué pensé y si aún creía en los Reyes o no. Pero una bicicleta es una bicicleta y por fin tenía una.

Claro que había un problema. La casa de mi abuelo quedaba al borde de la carretera, y del lado de la playa. O sea que no podía salir a andar por la ruta por temor a los autos. La parte de atrás de la casa daba a un descampado que se extendía hasta Punta Ballena. Tampoco se podía andar en bici sobre esa extensión de arena, yuyos y pasto salvaje.

10

Entonces me quedaba una sola opción: la veredita de hormigón alrededor de la casa.

En aquel entonces las vacaciones de verano eran una especie de asunto familiar general. Y cuando digo *familiar* me refiero a toda la familia, padres, hermanos, tíos, primos, abuelos.

Mi familia por parte de madre era muy numerosa y bullanguera. Durante todo el año, todos los fines de semana, la familia se reunía en la casa de alguno de sus integrantes. Los adultos se dedicaban a comer como bestias famélicas, a tomar vino y cerveza y a cantar a viva voz. Los niños jugábamos a la pelota, a las escondidas, a lo que fuese, y pasábamos medio desapercibidos en medio de la euforia adulta de ojos brillantes y carcajadas.

El asunto es que era verano, estábamos en casa de mi abuelo en Las Delicias, los Reyes me habían traído una bicicleta usada y yo andaba por la vereda alrededor de la casa. Alguien, creo que era mi tío, escuchaba la radio en el porche.

Y de pronto sucedió.

Un sonido llamativo llenó el aire. Unas voces raras, diferentes, que cantaban en inglés, resonaron en la tarde. Frené la bici. ¿Qué era aquello? No lo sabía, pero se destacaba del resto de lo que pasaba la radio como un barco en el horizonte. No era solo el ritmo, machacón, contagioso. Era todo. La combinación de melodía, compás, armonía, sonaba a felicidad, a cosa nueva excitante.

Me quedé de pie junto a la bici escuchando hasta que la canción terminó. El locutor dijo algo como “estos fueron Los Beatles”, aunque, claro, en ese entonces yo no tenía idea de cómo se escribía.

11

Los Beatles, me repetía, Los Beatles. ¿De dónde venía esa música tan diferente? No lo sabía, pero tenía que estar atento a la radio.

Obviamente, mientras volvía a dar vueltas en la bici, ignoraba que acababa de vivir un momento crucial en mi existencia. Es que a veces los grandes momentos, los puntos de quiebre pueden llegar así, medio disfrazados de situación común, anodina, normal.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que me gustaba la música. Eso es porque, sin dudas, yo era un botija más bien lento para razonar, porque la evidencia estaba toda ahí, por si quería verla.

Es decir, en mi casa siempre estaba la radio encendida. Mi viejo escuchaba todo el tiempo tango y folclore. A decir verdad, el tango no me llamaba la atención. Esas voces me sonaban antiguas y no entendía la mitad de las letras. Pero el folclore me gustaba. Había zambas, chacareras y

otras cosas que me sabía de memoria. Incluso existía una zamba que hablaba sobre un sapo cancionero, que siempre me pregunté si no habría tenido alguna relación con cosas que hice de grande. El asunto es que la música estaba siempre ahí.

12 Un día había descubierto que tenía gran habilidad para silbar. Salía a la calle en Montevideo y me ponía a silbar canciones y también algunas cosas medio complejas, como aquello que yo creía era la música de la serie de la tele *El Llanero Solitario* y en realidad era la famosa obertura de *Guillermo Tell* o algo por el estilo.

Recuerdo que tenía un vecino adolescente que dos por tres me pedía que le silbara esa melodía y se quedaba escuchando. Yo me sentía todo orgulloso de poder reproducir, sin errores, aquella música.

Pero lo que me gustaba era un programa argentino llamado *El Club del Clan*. Ahí, todas las semanas cantaban unos tipos jóvenes, todos en estilos diferentes. Estaba Palito Ortega y otros. Nick Jones era uno con cara de japonés que me caía simpático. Pero el que me llamaba la atención era Johnny Tedesco, que siempre usaba unos buzos rarísimos, se peinaba con un gran jopo y cantaba canciones muy movidas, al estilo (supe luego) de un tal Elvis Presley.

Y todo eso sin mencionar las lecciones de piano que tomaba con mi tía Gloria. Tengo que confesar aquí que yo fui una víctima temprana de la pulcritud. Es decir, me gustaba tocar el piano. Mi tía, que tocaba en iglesias y pintaba para concertista, decía que yo tenía oído, que

tenía “facilidad”. Quizá era algo que ya estaba en la familia, pues mi tío Óscar era pianista de una orquesta de jazz y a veces lo veíamos en la tele, aunque siempre salía de espaldas.

El problema con el piano no era el solfeo, ni las escalas que mi tía me hacía practicar, sino la preparación.

Para ir a lo de mi tía, que vivía en Pedro I, una callecita que desembocaba en Millán, mi madre me bañaba y me frotaba las orejas hasta que me quedaban rojas de limpias. Me ponía ropa ultralimpia, me peinaba echándome limón en el pelo para que quedara duro. Todo aquello me resultaba eterno, insoportable. Odiaba el baño, el fregado del pescuezo y las orejas, el peinado, los pantalones cortos, el jopo.

Entonces, cuando al tiempo también me hacían aprender inglés, mis viejos decidieron que las dos cosas eran demasiado y que mejor optara por una. En una inusual demostración de democracia casera, mi madre me preguntó qué prefería, si piano o inglés. Y claro. Inglés me lo daba un profesor en casa. No tenía que bañarme, vestirme, peinarme ni nada de eso. Ganó inglés, aunque habría preferido seguir con el piano.

Ahora, ¿qué tiene que ver todo eso, el piano, el inglés, la habilidad de silbar, el Club del Clan y demás? Tiene todo que ver porque puede servir de aclaración (y esto es solo para aquellos incapaces de razonar por sí mismos) acerca de por qué escuchar a Los Beatles por primera vez me produjo un impacto tan grande.

Estaba preparado para eso. Es decir, me estaba preparando para ese momento desde que había nacido. Y de pronto sucedió: Los Beatles aparecieron en la radio, conectándome con esa poderosa entidad llamada rocanrol.

Desde ese momento allá en Las Delicias, todo estuvo encaminado en una misma dirección. Como una poderosa deidad, el rocanrol se convirtió en el eje de mi vida. Me impulsó adelante, me rescató de momentos muy duros, me hizo triste y feliz. Me dio, de alguna manera, una forma de ver el mundo, de vivir y hasta, si se quiere, una ética.

14

Y todo por unos muchachos de Liverpool que un día tuve la suerte de escuchar en la radio.

Se podría decir que mi personalidad comenzó a aflorar gracias a ellos y también gracias a mi aversión al exceso de limpieza en las orejas.